

«La literatura necesita más historias como esta.»

The Guardian

MICK KITSON

El refugio



Sal ha estado planeando la fuga durante casi un año. Ha leído una guía de supervivencia de cabo a rabo y ha mirado un montón de vídeos de YouTube. Ha sustraído un mapa de la agencia cartográfica nacional. Ha robado varias tarjetas de crédito y ha comprado una brújula, un cuchillo de montaña, un par de impermeables y un kit de primeros auxilios. Y ahora está preparada. Sabe muchas cosas: cómo construir un refugio y encender un fuego, cómo calcular distancias, cómo cazar conejos y disparar una pistola de aire comprimido. Pero sobre todo, sabe cómo proteger a su hermana de diez años, Peppa.

Índice de contenido

Cubierta

El refugio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

A mis padres, Babs y Terry Kitson

1

Trampas

Peppa dijo: «Frío», y después se quedó un rato callada. Y entonces dijo: «Frío, Sal. Tengo frío». Hablaba en voz muy baja, en un susurro. No era normal. Empezó a preocuparme que pudiera tener hipotermia. Había visto en alguna parte que la hipotermia frena los movimientos y dejas de hablar. Así que bajé la mano y noté que tenía la espalda tibia, y la barriga tibia. Y entonces ella dijo: «Bollera, no me metas mano». Y supe que no tenía hipotermia.

Pero hacía frío. Era la noche más fría desde que habíamos llegado. Por la brújula, sabía que el viento había girado al norte, y el refugio estaba encarado al sureste porque el viento dominante por aquí es del oeste. Así que el viento soplaba por encima de donde habíamos extendido las ramas de abeto. Peppa no llevaba gorro. Pensaba hacerle uno con las pieles de los conejos que cayeran en las trampas. Pero todavía no había puesto las trampas. Me quité el mío y se lo encasqueté bien.

—¿Mejor ahora? —le susurré acercando la boca a una de aquellas orejas suyas tan pequeñas.

Pero se había quedado dormida. Yo ya estaba despierta y empecé a preocuparme un rato. Muchas veces cronometraba mis preocupaciones con el reloj del móvil. Casi todas las mañanas les dedicaba diez minutos, pero en las últimas semanas el tiempo había aumentado, porque tenía muchas cosas de las que ocuparme, y que planificar, antes de la fuga. Iba a adivinar qué hora era. Notaba que estaba a punto

de amanecer. Estaba oscuro, pero sentía algo. Yo casi siempre acierto qué hora es. No sé cómo lo hago, pero hasta hace poco era importante saberlo. Porque, por ejemplo, mamá y Robert normalmente volvían justo después de las once, y cuando yo ya había instalado la cerradura en la puerta de Peppa, me aseguraba de que estuviera cerrada con llave y de que ella estuviera dentro, dormida, antes de que llegaran.

Ellos ni siquiera sabían que había puesto aquella cerradura. No sabían que había robado un minitaladro y dos formones en el B&Q. Les arranqué las alarmas con un cortaúñas. Compré una cerradura en el ASDA y miré cinco vídeos de YouTube antes de instalarla. Ellos ni se enteraron de los agujeritos que hice con el taladro, porque además la pintura de las puertas de nuestro piso estaba toda rayada y levantada. A partir de entonces Peppa tenía la llave. Robert ya no podría entrar aunque lo intentara. No lo intentaba nunca. Si hubiera instalado una cerradura en mi puerta, Robert la habría arrancado a patadas y habría despertado a Peppa. A mamá no la habría despertado, porque cuando estaba borracha y perdía el conocimiento no había manera de despertarla.

Además, él todavía no había empezado a entrar en el cuarto de Peppa, pero yo sabía que lo haría pronto, porque había dicho que lo haría, y Peppa ya tenía diez años, y yo tenía diez años cuando empezó conmigo.

Así que pensé que dedicaría diez minutos a preocuparme. Sabía que no tardaría en clarear. En el *Manual de Supervivencia de la Fuerza Aérea Especial* pone que hay que encender una hoguera del tamaño del cuerpo junto a un refugio construido aprovechando una pared, y después construir una barrera por detrás, con palos, para reflejar el calor. Yo eso todavía no lo había hecho porque entonces no estaba segura de si nos quedaríamos allí. Pero el sitio estaba bien. Era un repecho elevado, más o menos plano, sobre el arroyo, y alrededor estaba todo lleno de abedules

muy grandes. Nosotras habíamos atado la lona a dos de ellos para construirnos el refugio. La lona era de esas de camuflaje, marrón y beis, con manchas amarillas, como las que se usan en los desiertos. Pero servía, porque yo me alejé corriendo y entré un poco en el bosque y miré entre los árboles y no la vi.

Bueno, de todos modos se notaba que allí había alguien porque oí que Peppa me gritaba: «¡Sal! ¡Ven a ver esto!». Era un sapo, y lo estaba acariciando, y yo le dije: «Tiene veneno en la espalda, para que los depredadores no se lo coman». Y ella me dijo: «Pero yo no me lo voy a comer, Sal. ¿Se puede comer? No quiero comérmelo. Le voy a construir una casa».

Y entonces le hizo una casita con piedras planas y guijarros y metió dentro al sapo. Dijo que se llamaba Connor, el nombre de un niño del colegio que le gustaba.

A mí me preocupaba el fuego, y que la gente lo viera, no tanto de día, sino de noche. Si la leña está seca, la pequeña pirámide de fuego no levanta mucho humo, sale más si la madera está mojada, o es demasiado fresca. Además, el viento lo aleja. Además, estábamos en la «Última Gran Zona Virgen del Reino Unido», y nos encontrábamos exactamente a trece kilómetros de la zona poblada más cercana, y aproximadamente a ocho kilómetros de una pista forestal, y a seis kilómetros de una carretera. Había escogido el sitio con gran precisión, gracias a un mapa del Servicio de Cartografía que había pillado en la biblioteca, donde tienen todos los mapas de las Islas Británicas publicados por la Agencia Cartográfica Nacional. Estábamos exactamente media milla bosque adentro, detrás de una cresta que asciende hasta una cima que por muy poco no llega a los tres mil pies. En realidad, si hubiera tenido veintiocho pies más ya sería un *munro*, y aquello estaría todo lleno de escaladores y gilipollas en anorak subiendo hasta arriba.

No hay árboles en el pico, pero según el mapa hay un círculo de piedras antiguas. La montaña tiene un nombre

en gaélico, y cuando se lo pregunté a la señorita Kerr me dijo que se pronunciaba Magna Bra. Magna Bra. Se lo dije a Peppa, y quiso ir porque le conté que «magna» significa «grande» en latín, y a ella eso le hizo mucha gracia, y se puso a saltar de un lado a otro diciendo: «Sujetador grande, sujetador grande». Peppa es malísima, tiene la mente sucia, le encanta que la oigan cuando dice guarradas.

Pero de noche sí se veía el resplandor de la hoguera desde lejos. No del lado de la lona. Del otro. Así que se me ocurrió que si construía la barrera esa que explican en el manual, bloquearía la luz por la noche, desde el este. No sé de dónde vendrían si vinieran a buscarnos, pero es posible que vinieran del este. La autopista nos queda al este, y la usarían si vinieran hasta aquí. Aunque no creo que vengan, ni sé cómo iban a saber que estamos aquí.

Después de mi rato de preocupación decidí que construiría la barrera hoy, y después montaría las trampas. Nos quedaba comida para dos días más, creía. O tres, si yo no como y Peppa sí. Así que tendríamos que empezar a poner trampas y cazar. Yo tenía la escopeta de aire comprimido de Robert. Era de cañón corto, y había que bombearle aire. Disparaba perdigones del calibre .22, y yo tenía dos latas de perdigones. No pensaba dejar que la usara Peppa por si se disparaba a sí misma, o me disparaba a mí sin querer. Pero yo tengo buena puntería. Practicaba en la entrada del piso, y se me ocurrió un sistema para adaptar el visor a distancias mayores. También vi un vídeo de YouTube sobre el tema tres días antes de que nos fuéramos. Bombeando siete veces, un perdigón puede atravesar un contrachapado de nueve milímetros. La traje en una funda de palos de hockey, con cremallera, que encontré en los vestuarios del colegio.

Estaba amaneciendo. Aquí, en octubre, eso significa que eran más o menos las siete y veinte. Peppa dormía en el saco, y yo había salido para no despertarla. Las hojas que habían caído eran de un amarillo claro, y brillaban con la luz

del sol que se colaba entre los árboles. Los abedules también brillaban. El abedul tiene el tronco blanco, y serviría para construir la barrera porque el blanco refleja la luz y el calor. Soplé las brasas y alimenté la hoguera con más ramas finas que solo tenían las puntas quemadas. Había dejado un montón de palos sobre una piedra plana para que se secaran, y cuando prendieron construí una pirámide sobre ellos. El fuego silbó y empezó a soltar humo, y entonces coloqué encima el hornillo de acero, y la tetera encima para hervir agua. Teníamos bolsitas de té, y leche pasteurizada y sobres de azúcar de McDonald's. Montones.

El sol ya había salido y brillaba entre los árboles, y de la tierra del bosque subía un vapor en forma de volutas blancas. Había destellos diminutos de escarcha en los bordes de las hojas y las ramas más finas. El viento se había encalmado y el humo subía recto entre los árboles. Todo estaba en silencio, solo se oía el silbido de la hoguera. Después oí los pájaros, el graznido de los cuervos. Nada más. Ni el rumor de una carretera, ni el ruido de tráfico, ni de ruedas. Ni golpes ni pitidos. Ni tele. Nadie gritando.

Yo tenía cuatro trampas hechas con alambre retorcido, con unos aros pequeños y dorados en los puntos en que los alambres se cerraban en un nudo, y un cordel verde fijado a un palito de madera con una muesca. Se instalaban en los caminos que usaban los conejos y se dejaban ahí toda la noche. Lo había visto en YouTube, en un canal de supervivencia. Parecía fácil, y el conejo ya estaba muerto por la mañana. Aunque a mí no me importaría matar uno. Nunca había matado un conejo ni ninguna otra cosa. Solo a Robert.

Allí decían que había que enterrarlas unas horas para quitarles el olor humano, así que aparté unas hojas, saqué las trampas de la mochila de Peppa y las cubrí con las hojas. Había comprado las trampas en una tienda de artículos de pesca de la ciudad, con el dinero que había sacado de una de las tarjetas de Robert. Robert siempre tenía tarjetas

cuando volvía de los sitios a los que iba. Y yo se las robaba cuando estaba borracho y se quedaba dormido.

Lo bueno de mamá y Robert era que nunca se enteraban de nada. Si algo cambiaba o se movía de sitio, ni se daban cuenta. Yo sabía dónde estaba todo en mi habitación y en el resto del piso. Sabía cuántas tazas teníamos, cuántas cucharas. Sabía cuánta leche había, cuánto jabón para fregar los platos. Me fijaba constantemente. Lo había hecho desde que era muy pequeña. Me fijaba en lo que eran las cosas, en dónde estaban, y notaba cuándo se trasladaban, cambiaban o desaparecían. Mamá y Robert no veían nada.

La peor era mamá. Ni siquiera con sus latas... Nunca sabía cuántas le quedaban. Yo sí. Se las escondía, y ella ni se enteraba de que solo quedaban dos en vez de tres en la nevera. A veces, si solo tenía dos no pasaba nada. Yo me había dado cuenta hacía años, así que le escondía un par y le dejaba otras dos, y cuando ella llegaba y quería una yo le decía: «Solo te quedan dos». Y ella: «Creía que quedaba un paquete de cuatro». Y yo: «Te las habrás bebido». Y ella decía que sí. Cuando Peppa empezó a pillarle cigarrillos, tampoco se enteró.

Robert tampoco se daba cuenta de nada, porque casi siempre estaba borracho, o fumado, o las dos cosas a la vez, y aunque miraba muy fijamente y durante mucho rato las cosas, nunca se daba cuenta de si faltaba algo, ni de si yo había cambiado algo de sitio o había comprado algo. Casi siempre, Robert tenía los ojos medio cerrados, como si se estuviera fijando mucho, y muy rojos por la hierba que fumaba, y por lo que bebía. El poco blanco que se le veía estaba amarillo.

La lona y el cuchillo de caza, la tetera, incluso las zapatillas de Peppa, todo había llegado por correo, todo era de Amazon, y todo lo había pagado con las tarjetas robadas que Robert traía a casa y guardaba en el cajón de la mesilla de noche. Yo iba con cuidado cuando le pillaba las tarjetas

o le quitaba la billetera. Un día estaba colocado, tirado en el sofá, y yo intenté quitarle la cartera que llevaba en el bolsillo de atrás de los pantalones, y él medio se despertó y me agarró y me dijo: «Te voy a cortar las putas manos», y entonces se quedó dormido otra vez y yo se la quité.

Lo único a lo que no le quitaba la vista de encima era a mí. «¿Estás bien, cariño?», me decía. Una vez le dijo a un tío en la tienda de *fish and chips* que yo era su hija. Yo habría querido decir: «Y una mierda, no lo soy», pero él se las daba de duro, y me había pasado el brazo por encima de los hombros, y decía: «Esta es mi pequeña Sal». Si hubiera dicho algo, después lo habría pagado, así que me callé y miré fijamente al otro tío.

Peppa se despertó y dijo:

—Sal, ¿Connor está ahí todavía?

Y yo me acerqué y levanté la piedra que cubría su casa. Y sí, ahí estaba. El pobre bicho estaba muy bien ahí abajo, era húmedo y había hojas, y barro.

Peppa dijo: «¡Genial!», y se levantó de un salto del saco de dormir, y empezó a ponerse las zapatillas. Me habían costado ochenta y cuatro libras en Amazon, y tienen suelas de Vibram, que son las mejores para caminar y trepar.

Peppa corre más que nadie en el mundo, creo. Tiene unas piernas larguísimas, y parece el viento cuando sopla. Era más rápida que cualquier chico del colegio, más aún que los que eran mayores que ella. De hecho, lo hace todo rápido. O se está quieta como una piedra, o va muy deprisa. Come deprisa y camina deprisa.

Y Peppa come de todo, y SIEMPRE tiene hambre. Cuando éramos pequeñas, teníamos hambre muchas veces, porque mamá estaba por ahí, borracha, o no teníamos dinero, y Peppa entraba en otros pisos del complejo de viviendas y pedía comida. Aprendió a comer cualquier cosa, no como la mayoría de los niños, que no soportan la ensalada y solo quieren patatas fritas.

Pero Peppa muchas veces mendigaba patatas fritas en las tiendas de *fish and chips* y pedía comida a los otros niños en el colegio. Y a los profesores. Y al final le dije que parara, y tuve que empezar a conseguirle comida, porque si la gente lo contaba, los servicios sociales vendrían y se nos llevarían. Los servicios sociales siempre se estaban llevando a niños, y siempre separaban a hermanos. Por eso yo no le decía nada a nadie, y mamá nos advertía de que se nos llevarían y nos separarían. Y por eso yo pillaba comida para Peppa muchas veces, y le traía bolsas de ensalada y zanahorias, y una vez una remolacha metida en una bolsa de plástico, que estaba cocida, y a ella le encantó. Y ella dejó de mendigar comida y nadie le dijo nada a los servicios sociales sobre nosotras.

Y cuando Robert empezó a irme detrás, me dijo que si contaba algo, aunque fuera a mamá, se nos llevarían y nos separarían. Dijo que a Peppa la acogerían y la adoptarían unos africanos, porque ella es medio africana, y que a mí me adoptarían unos viejos, y que ya no estaríamos juntas. Pero eso no pasará nunca.

Por eso, para sobrevivir, es bueno comer de todo, como Peppa, pero no tener hambre siempre, como le pasa a ella.

«Me muero de hambre, Sal», dijo Peppa, y yo le di un poco de pastel Dundee y cuatro galletas belVita y le dije: «Vamos a cazar conejos con unas trampas», y ella me dijo: «¿Para comérmolos?», y yo le dije: «Sí», y ella dijo: «Bien».

Le echó un vistazo a Connor, debajo de las piedras, y lo cogió y se lo puso en la mano, y le habló. Le dijo cómo se llamaba, y cómo me llamaba yo, y de dónde veníamos, y por qué estábamos en el bosque. Después volvió a dejarlo en su casita y se puso su chaqueta Helly Hansen.

Los conejos no hibernan. Los hay a montones en el bosque de Galloway y casi todos viven en madrigueras a los pies de las colinas y las laderas, donde la tierra está cubierta de hierba y de maleza. Hierba es lo que más comen, y no zanahorias o lechuga, como Peter Rabbit, el de la tele.

Era otoño y en casi todas las páginas web decían que estarían activos, y que había que buscar caminos en la hierba para plantar las trampas. Yo no he plantado nunca una trampa, ni he vaciado nunca un conejo, ni lo he despellejado, pero he visto cómo se hace un montón de veces, en YouTube.

Saqué las trampas de debajo de las hojas y el barro y me las metí en el bolsillo del abrigo. Llevaba el cuchillo en el cinturón, guardado en una funda.

Bajamos desde nuestro refugio por el arroyo, y lo cruzamos por unas piedras, y después subimos por una ladera en la que el bosque era menos espeso, y había hierba y helechos. Peppa echó a correr. Los helechos se estaban secando, pero todavía se veían altos, muy tiesos, y ella se perdió entre ellos, y yo le veía el pelo rojo asomando entre los huecos. Me concentraba en el suelo, en busca de rastros de conejo. Había surcos dejados por animales, y vi huellas de ciervos en el barro y otras huellas que tendría que buscar más tarde en el *Manual de Supervivencia*. Subimos hasta que llegamos a la parte plana. Más allá había otra pendiente larga que bajaba hasta el lago que había al fondo de todo. Peppa bajó por la ladera, y yo no quería que asustara a ningún animal, pero corría tanto que no había manera de pararla. Yo ya la había visto alejarse así otras veces, saltando sobre troncos y tocones de helecho, corriendo tan deprisa, tan suavemente, que parecía que fuera sobre ruedas. Y entonces se paró en seco a media bajada y gritó: «¡Sal!».

Me fui hacia ella y llegué a una zona en la que había muchos menos árboles, casi todos abedules viejos y robles, algunos con unas ramas más anchas que yo, que colgaban hasta rozar el suelo. Ella estaba junto a una roca gris, grande, que sobresalía de la hierba. Y señalaba algo que había delante.

—Mira —me dijo.

Eran madrigueras de conejo, tres, rodeadas de cagarritas. Al fijarme mejor, vi más. Algunas de ellas estaban más arriba, junto a un roble, y los agujeros estaban cubiertos de flecos de hierba. En total eran nueve, algunas abandonadas, sin excrementos delante. Otras tenían pilas de barro fresco fuera, porque no hacía mucho que las habían excavado. Se veían caminos que se alejaban a partir de esas madrigueras, surcos de un color algo más claro que se dibujaban en la hierba. Casi todos bajaban por la ladera en dirección al lago. Cuanto más se bajaba, más verde y tupida era la hierba, y menos árboles y helechos había.

—Es una madriguera —dije.

—Pues saca las trampas —dijo Peppa.

—Las trampas no se pueden instalar delante de las madrigueras, porque entonces los conejos pasan por el lado. Bear Grylls, el de los programas de supervivencia, dice que hay que alejarse de la madriguera siguiendo un camino, y montar las trampas más lejos.

—Yo vi ese programa, Sal, y no cazó ni uno. Tuvo que comprar un conejo para cocinarlo. Qué gilipollas —dijo.

Tenía razón, pero aun así el tío sabe de lo que habla, porque ha estado en las Fuerzas Especiales del Ejército del Aire, y ha sobrevivido en todas partes, y se tira en ciénagas y en pantanos helados aunque no le haga falta. Pero es un gilipollas, aunque eso es seguramente porque es un pijo y es inglés. La mayoría de la gente que sale en la tele en programas de supervivencia es pija y es inglesa, como Ray Mears y Ed Stafford, y casi todos los pijos ingleses son gilipollas. Pero yo había conseguido un cuchillo de Bear Grylls en Amazon y era genial, el mismo que usaba él, de espiga completa.

—No llames gilipollas a Bear —le dije.

Y ella repitió «gilipollas», y se alejó corriendo pendiente abajo.

Escogí uno de aquellos rastros de conejo y lo seguí entre más helechos marrones. De vez en cuando me volvía